

22
algunos de las manos de los fulteadores, y los quitò del peligro de la muerte. Pero lo que mas admira, es la veneuolen da, y buen nombre que llegò à grangearse entre los Indios Chichimecos, que con ser gente barbara caribe, y que se comen à los hombres, con todo en reconociendo à Aparicio, se le venian con notable paz, y agrado, y le traian frutas, y algunos regalillos siluestres ofrecié dose à seruirle como de hecho lo ayudauan en el auio de sus carros, y le acompañauan todo el tiempo que podian hazerlo sin riesgo de que los maltratassen, los soldados Espanoles, que entonces corrian la tierra, y seruijan de guardas en estos caminos contra los mismos Chichimecos, para que por su mucha ferocidad no hiziesen daños à los caminantes. Pero ellos vivian tan afectos à Aparicio, que no solo à él no le agrauiauan; pero ni à todos los que se valian de su compañía, la qual seruia de sagrado para defensa de los tales enemigos; todo esto adquirió Aparicio con la liberal franqueza, co que los fiscorria, porque de propósito traia entre sus bueyes, algunos nouillos demás para darse los, con alguna cantidad de maiz, para que comiesen, y

tambien otras cosas, que ellos apreciauan; y en esta accion caritativa perfeuerò todos los años que corrió esta carrera (que fueron muchos) sin mudar jamás de dictamen, por que tenia aquel corazon sencillo, hecho vna llama de fraternal amor de sus proximos, *Ora Solent suum oriri super bonos, & malos, & pluit super infios & iustos.* Mat. cap. 1

Entrando Aparicio en la Ciudad de Mexico, con su quadrilla de carros, que traia cargada con cantidad de plata del mineral de Zacatecas, succiole en la Plaza Mayor, que vn carro se arrimò demasiado à vn puesto en q se vendia loza de la tierra, donde quebro mucha. Indignado de esto el dueño, salio à dezirle muy malas palabras à Aparicio, que inocente del daño venia tras de el postre carro, el qual le dixo: Que perdonasse, que no auia sido en su mano lo sucedido, ni lo podia auer preuenido por venir distante. El Lozero no

cessa

cessaria de oprobialle, antes fue en su seguimiento por la calle de San Francisco, diciendole injurias con grande colera, y amenazandole que le auia de quitar la vida. Aparicio procuraua sosegalle, proponiendole, que materia de tan poco interés, no auia de ser causa de tan graue pesadumbre entre hombres, que con pagarle la loza quebrada estaua remediado todo el daño. Mas él precipitado de su enojo, no oia satisfacciones, sino que asi que salieron de poblado, sacò la espada desafiandole con muy injuriosas razones. Entonces Aparicio se apeò, y desembaynando la suya, à pocos lances de la lucha, le diò vna cuchillada en la cabeza que lo puso à sus pies, y pisandole con uno de ellos los pechos, le diò dos, à tres golpes con el pomo de la espada en la cara, y dezialle: *Hombre soberbio, podreos matar, pues os tengo sujetos, y sin fuerza para que os defendais.* Entonces el caido cayò en la quenta, y conociendo la verdad, le pidiò por amor de Dios le perdónasse, y le deixasse, con vida, que confessara, que sus demás merecian que se la quitasse, mas que le prometia la enmienda, y ser su perpetuo amigo, hasta morir. Como Aparicio no auia intentado vengar *Qui cum se con odio, sino solo corregir,* *iratus facis, miseris, cordie re-cordaberis.* *Habacuc cap. 3. n. 21.*

CAPITULO V.

Dixa Aparicio los carros, hazese un Labrador, y lo que en este tiempo le sucedió.

EN esta pensá ocupación de los carros se exercito Aparicio muchos años hasta elde mil quinientos y cincuenta y dos, sin rehusar trabajo alguno, por muy con-

B side

siderable que fuese, porque era mucha la fortaleza de espíritu de que lo tenía dotado el Señor; pero la mucha continación en el vagear, y andar malos caminos, y con la incondididad que él caminaba, pues jamás usó, ni apeteció el regalo, sino siempre expuesto a las inclemencias de los tiempos, con muy moderado, y vil alimento; todo esto vino a causarle algún cansancio a su trabajado cuerpo; y así determinó vender la quadrilla de carros, y con lo procedido de ella, compró una hacienda de labor, o heredad, entre Tlalne plantla, y Ascapulco, una legua, o poco más distante de la insignie Ciudad de Mexico,

Homo nascitur ad luctum, & aures ad vocem, & annos, sembrandola, y cultu uandola muchas veces por landum.

Iob. cap. 5. sus proprias manos, y algunas regándola con el sudor de su rostro, porque aunque tenía pocos Indios naturales, que le ayudasse, no se satisfacía, si personalmente, no obraua mucho; que tal era como esta la inclinacion que tenía al trabajo (que se la dió quien crió al hombre, para trabajar, como a las aves para volar) y así era muy justificada la ganancia de sus esquilmos, con lo qual creció grandemente

su caudal. Ordenó Dios nues tro Señor que tubiesse antes esta ocupacion de negocios, y ganancias temporales, para que quando le llamasse a mas perfección, tubiesse mas que dexar por su amor, y andando en estas dependencias terrenas, sobresaliese mas su virtud, pues con todo este comercio, no se le arraigauan en el corazon. Así como N. S. P. San Francisco, que en su juventud se crió entre vanidades, y despues se dedicó a los ganancias negocios de la mercancía; pero con el auxilio de Dios, ni con los lasciuos mancebos le arrastró el apetito de la carne, ni con los codiciosos Mercade res esperó en el dinero, ni en los tesoros de la tierra.

Estando en este ejercicio, Dize el Padre Fray Juan de Leto-Torquemada, en el Libro que imprimió, de la Vida de Aparicio, que corrió voz, y fama que no sabia rezar las oraciones, que precisamente debe saber cualquier Christiano, que cree, y tiene la Fe de Jesu Christo; por cuya causa estubo preso en la Carcel del Pueblo de Tlalnepantla. Suponiendo, que tendría fundamento este Autor para afirmar esta proposicion, aunq; ella no consta de las informaciones, y papeles autenticos,

ricos, con fec de Escrituráos, y Notarios Apostolicos, que se escriuieron de las cosas notables de su Vida; se ha de aduertir, quel no fue porque absolumente, no sabia las oraciones, sino que no las sabia con el orden, que se enseñan ordinariamente, porque solo comprehendia la substancia, inuerto el orden de ellas, y dizien dolas à pedazos. Y si por esta causa deprendieron entonces, lo mismo pudieran hazer quando tenia noventa y ocho años de edad, con veinte y seis de Religion; porque en su vida las supo decir seguidas de coro, aunque se le asignaron diuersos Maestros en la Religion, que se las enseñassen, si no que siempre las rezó entre uerandolas, unas con otras, o salteandolas; y esto no fue preciar de poco Christiano, ni deuoto, sino por falta de memoria; pero ai se admira la inmensa bondad, y larguezza de el Señor, cuyos juizios son incomprensibles, q diuide, y reparte à cada uno conforme es su voluntad Santissima, y à quien niega palabras con que explicarle, suele conceder abundancia de afectos, en que se enciende perfectamente el fuego de la caridad, y union con Dios. Demanera, que si Aparicio te

San Agustín